

Cita con Rafael Tovar

Antonio Crestani

A Rafael, Leonor, María y Natalia Tovar

Llegué, nervioso y puntual. La cita fue en su casa porque, según me dijo su secretaria, estaba ligeramente resfriado. Abrió la puerta una amable señorita que me pidió esperar en la biblioteca. Me guió hasta el tercer piso y, al entrar, me señaló dónde sentarme: un amplio y confortable sillón rojo de dos plazas. “¿Desea beber algo?”, me preguntó con una sencilla sonrisa. Le contesté que no. Al retirarse, quedé envuelto por una inmensidad de libros y discos que tapizaban paredes, mesas y escritorios, además de pinturas, fotografías familiares y jarrones antiguos, dispuestos de tal manera, que a su vez rodeaban otros sillones que hacían juego con el mío y una gran pantalla conectada a un equipo de sonido del que sobresalían enormes bocinas.

Sentí el impulso de recorrer la habitación. Resultaba evidente que ese era su sitio, el refugio donde cotidianamente pasaría horas enteras dedicadas a trabajar, a leer o a escuchar música, a ver películas, a reflexionar y a hacer planes. Era un territorio absolutamente personal, en el que imperaba su particular e indescifrable orden, al que me había invitado a entrar siendo yo casi un desconocido. En realidad sólo nos habíamos visto en una ocasión, hacía unos tres años, cuando junto con Ignacio Solares lo entrevisté para el programa de televisión de la *Revista de la Universidad de México*, sobre su libro *Paraíso es tu memoria*, de reciente publicación en ese entonces. Lo más probable era que ni se acordara de mí. Por lo tanto, ese sería mi primer encuentro con él, a solas, en su casa, en su biblioteca personal y para hablar de trabajo. Por ello preferí no arriesgarme a que al entrar me viera escudriñando sus cosas y contuve mi deseo.

Decidí esperar sentado, casi sin moverme, hasta que nuevamente se abriera la puerta. Pasaron varios mi-

nutos, una media hora o quizás un poco más, antes de escuchar un “perdón, perdón, una disculpa por hacerlo esperar, pero estaba en una llamada”. Ahí estaba él: Rafael Tovar y de Teresa, el hombre del que tanto había escuchado desde que egresé de la carrera de actuación en el Centro Universitario de Teatro de la UNAM, cuando a principios de la década de los noventa fue nombrado por primera vez presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Vaya que siempre se hablaba de él y de los retos que tenía frente a sí. Quizá por ello me parecía tan lejana, inalcanzable incluso la posibilidad de llegar a conocerlo. El hombre que en tan sólo nueve años había transformado la manera de entender la relación entre Estado y artistas, el funcionario de profunda vocación federalista que había fundado una decena de instituciones que pusieron a nuestro país a la vanguardia mundial en el impulso al arte y la cultura, el diplomático destacadísimo, el escritor, el historiador, ahí estaba, frente a mí.

El fuerte y grave timbre de su voz armonizaba perfectamente con su característica cabellera platinada, sus abundantes cejas negras, su andar sereno y sus movimientos como de ave. Traía la corbata algo desalineada y ligeramente floja que acabó por desenredar completamente. Se abotonó el suéter a pesar de que la habitación estaba templada. “Ando agripado”, me dijo. “Hizo mucho frío en la gira a Tijuana con el presidente y sólo llevaba una chamarrita”. Era mediados de diciembre, el sexenio comenzaba apenas y, efectivamente, en las fotos que había visto en la síntesis informativa me había llamado la atención que todos los asistentes aparecieran bien abrigados menos él, el titular del Conaculta por tercera ocasión.

Fue directo conmigo: “Oiga, dígame, cómo usted, siendo de teatro, llegó a Vinculación Cultural”. Sonreí por la aparente paradoja y procuré explicarle brevemente la serie de afortunadas coincidencias que me habían llevado a dirigir la compleja oficina que se encarga de sostener la relación cultural del gobierno de la República con estados y municipios. Me escuchó atento. Para terminar mi exposición, con todo cuidado deslicé el hecho de que, a pesar de lo absorbente de la dinámica diaria, hacía el esfuerzo por no dejar mi carrera teatral de lado. “Es lo mejor. Yo haré lo mismo ahora. Estoy escribiendo un libro que tendré listo dentro de un año, año y medio. Y aunque ya estuviera, si se publicara pronto se vería fatal”, contestó. Me preguntó si en ese momento tenía alguna obra en cartelera. “Sí, licenciado” (siempre nos hablamos de usted). “Se llama *Taking Sides*, del dramaturgo británico Ronald Harwood. Trata del proceso que se le siguió al director de orquesta alemán Wilhelm Furtwängler al finalizar la Segunda Guerra Mundial por haber servido al régimen nazi”. Los ojos le brillaron de inmediato. Con gran entusiasmo comenzó a compartirme diversos datos de la época y del personaje. La mayoría los conocía porque había estudiado el tema a profundidad para dirigir el montaje, pero otros me eran totalmente desconocidos. De inmediato hizo referencia a la película de István Szabó llamada en español *Réquiem por un imperio* estelarizada por Harvey Keitel y Stellan Skarsgård. Le comenté que la obra teatral es anterior a la versión cinematográfica y que Szabó escribió el guion junto con el autor después de ver la obra en Londres.

“Lo que sí, qué mal tradujeron el título. ¿Cómo le puso usted?”.

“*Tomar partido*”, le contesté. “Lo lógico hubiera sido mantener el gerundio, ‘Tomando partido’ y, sí, quizá tendría más sentido. Gran parte del chiste es cómo el espectador pasa de un punto de vista a otro a lo largo de la obra. Pero preferí usar el infinitivo cuando corroboré que el título en gerundio se prestaba en español a confusiones sonoras. Estábamos por definir el nombre para la publicidad cuando una asistente que no había escuchado bien preguntó sin mala intención: ‘¿Cómo se va a llamar? ¿*Tu mango partido?*’. Y eso definió todo”.

Tovar soltó una sonora carcajada. Retomó la palabra y poco a poco el diálogo comenzó a tornarse en un monólogo que dejé fluir. No quise interrumpirlo porque el tema en verdad lo hechizaba y yo estaba aprendiendo mucho. Era impresionante cómo recordaba acontecimientos, fechas, nombres de autores y tendía puentes de análisis. En alguna pausa atiné a decirle ingenuamente: “Es admirable su capacidad de retención”. Sonrió y me dijo: “De niño, con mi hermano Guillermo competía para ver quién se acordaba de

más cosas. Por ejemplo, de compositores. Decíamos una letra al azar y comenzaba el desfile de autores cuyo nombre empezaba con esa letra hasta que alguno de los dos se quedaba callado y perdía. Muchas noches así jugábamos antes de dormir”.

Esa tarde ya no hablamos más de trabajo. O quizá, sin saberlo yo, fue todo lo contrario y a su particular modo medía la clase de colaborador que yo podría llegar a ser. No lo sé. La charla volvió a centrarse en Furtwängler y luego en Herbert von Karajan, su sucesor en la Orquesta Filarmónica de Berlín, y la incongruencia que representó que no hubiera sido también acusado por los americanos a pesar de que, a diferencia de Furtwängler, él sí había militado con los nazis. Harwood asegura en su obra que, incluso, Von Karajan llegó a tener dos credenciales del partido.

Poco después, Tovar se puso de pie y me invitó a pasar a otra habitación ubicada en un entresuelo de la casa, cerca de la entrada principal. También estaba repleta de discos y películas, pero la decoración y el orden me hizo pensar que debía ser una estancia familiar. Me enseñó un par de DVD’s de Furtwängler en que dirige la *Séptima* y la *Novena* sinfonías de Beethoven. Estoy seguro de que con su mirada me invitaba a pedirselos prestados pero mi pudor nuevamente pudo más y me contuve. A pesar de su calidez y la grata conversación, no olvidaba que era apenas una primera cita. Se hizo un cálido silencio, sonrió y me dijo mientras nos dirigíamos a la puerta: “Espéreme a enero. No se decida por nada antes de que volvamos a hablar. Ah, por cierto, disfruté mucho la entrevista que me hizo con Nacho en TV UNAM”.

Me despedí de él deslumbrado. Me había quedado claro lo fascinante que sería trabajar a su lado. Para mi suerte, en enero del 2013 me ratificó en el cargo y comenzaron cuatro espléndidos años en los que pude trabajar codo a codo con él y la compañía siempre fraterna de Saúl Juárez. Cada día aprendí algo nuevo a su lado. En cada reunión, llamada o correo electrónico, y en cada uno de los innumerables viajes a los que lo acompañé, siempre fue cordial, me escuchó atento y me compartió generosamente su experiencia de vida, sus lecturas, sus reflexiones, sus planes y razonamientos. Recorrí junto a él toda la República mexicana y eso nos dio la oportunidad de sostener decenas de encuentros que, de alguna manera, fueron la continuación de este primero que aquí comparto.

Como muchas personas, creo que Rafael Tovar partió mucho antes. En lo personal, me hubiera gustado disfrutarlo más años. Sin embargo, nos queda su inmenso legado y, en mi caso, el privilegio de haber compartido tan cercanamente con el heredero de Justo Sierra, José Vasconcelos y Jaime Torres Bodet.